

Dr. Robert A. Peterson, El Espíritu Santo y la unión con Cristo, Sesión 11, Fundamentos para la unión con Cristo, Juan 17

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre el Espíritu Santo y la unión con Cristo. Esta es la sesión 11, Fundamentos para la unión con Cristo, Juan 17.

Continuamos nuestros estudios sobre la unión con Cristo, particularmente ahora la unión con Cristo en el Evangelio de Juan, y llegamos a Juan 17, que habla de la morada mutua del Padre y el Hijo, y del Hijo y los creyentes.

El Hijo se ve a sí mismo en la gran oración sacerdotal de Juan 17; se ve a sí mismo habiendo cumplido su misión y regresado al Padre. Ésa es su mente. Ésa es su perspectiva. En mi opinión, la división tradicional es correcta.

Jesús ora por sí mismo, versículos 1-5, por sus discípulos versículos 6-19, y por el mundo versículos 20-26. Jesús ora en el versículo 21, Juan 17:21, versículo 20, Mas no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La mutua morada del Padre y del Hijo es la base de la unidad de los que creerán en Jesús a través del testimonio del Apóstol.

Jesús ruega que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. La mutua inhabitación del Padre y del Hijo, del Hijo y los creyentes. Los creyentes están en el Padre y en el Hijo.

Mi título está equivocado, pido disculpas. Debería haber una mutua morada del Padre y del Hijo, y del Padre y del Hijo, y de los creyentes. Los creyentes están en el Padre y en el Hijo.

Sólo aquí, Juan habla de que los creyentes están en el Padre y en el Hijo. En todas las demás ocasiones, se dice que los creyentes están en el Hijo. Como se señaló anteriormente en Juan 14:23, se dice que el Padre y el Hijo moran en los creyentes 14:23. De este modo, Juan anima a sistematizar sus enseñanzas.

De hecho, aunque Juan nunca lo dice sistemáticamente, concluimos que estamos en la Santísima Trinidad. Esta es una conclusión ineludible, dada la unidad de la Deidad. Distinguimos las personas divinas, pero nunca las separamos.

Incluso la separación evidenciada por el grito de abandono de Jesús desde la cruz en Mateo 27:46 , Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, es relacional y no ontológica. No perturbó el ser trinitario de Dios. Aquí, los creyentes están atrapados en la mutua morada de la Deidad.

Mantenemos la distinción entre creador y criatura e insistimos en que la Trinidad habita en cada uno de los miembros de la Iglesia y en nosotros de maneras en que nosotros no habitamos en la Trinidad. Aun así, es misterioso y maravilloso tratar de entender que los creyentes están en la Trinidad, de una manera creada por la gracia, a través de Cristo y la obra del Espíritu. ¿Qué te parece esa calificación? Participamos del amor y la vida divinos que las personas trinitarias siempre han compartido de una manera creada.

Dios es el creador eterno e infinito. Nosotros no somos ni eternos ni infinitos. Bueno, no somos el creador.

No somos creadores iguales. Tampoco somos criaturas. Dios es infinito, eterno y creador.

Somos finitos y limitados. Somos inmortales, somos creados y duramos para siempre, pero no somos eternos. Somos criaturas y siempre lo seremos.

Y la mutua morada en las personas trinitarias es por naturaleza. Es lo que son como el único Dios. Nuestra morada en la Trinidad, esas palabras son simplemente escandalosas, es por gracia.

No por naturaleza. Es solo a través de Cristo y la unión con él que participamos del amor y la vida de Dios. Aunque Juan no lo enseña, Pablo enseña claramente que el Espíritu es el actor principal que nos une a Cristo, así como es el actor principal en la aplicación de la salvación.

De una manera creada por la gracia, por medio de Cristo y la operación del Espíritu Santo, los creyentes participan del amor divino y de la vida divina que las personas trinitarias siempre han compartido. Dios nos lleva a la unión con Él. Me parece que, incluso durante estas mismas conferencias, después de enseñar estas cosas durante muchos, muchos años, he logrado algún progreso en la comprensión.

Esto se debe a que esto es nuevo para nosotros en muchos sentidos y, en algunos aspectos, nos afecta de maneras en las que tal vez no nos afecten las cosas en las que siempre hemos creído, es decir, que Dios da vida eterna, Dios nos da vida eterna y tenemos comunión con Dios. Pero esas son dos formas diferentes de decir lo mismo.

Cuando decimos que tenemos vida eterna, nos referimos a que nosotros, que estamos espiritualmente muertos y desprovistos de la vida de Dios (Efesios 2:1 al 4), hemos sido vivificados con Cristo, resucitados con él y nos hicieron sentar en los lugares celestiales con él. Compartimos la vida eterna de Dios. Además, 1 Juan 1, alrededor del versículo 3, nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo.

Es algo que se nos da por decir, algo que nos resulta familiar, pero no lo es. Tenemos comunión con el Dios eterno e inmortal. Así que, en realidad, esta perichoresis, por maravillosa que sea, no es del todo nueva.

Es tan incomprensible como que las criaturas muertas en pecado participen y disfruten de la vida eterna de Dios ahora y por siempre, e incluso que esas mismas criaturas tengan comunión con el Dios trino ahora y por siempre. Los coadherentes del Padre y del Hijo y los coadherentes del Hijo con los creyentes. Jesús continúa hablando con el Padre en los versículos 22 y 23.

La gloria divina que el Padre dio al Hijo encarnado es la base para que los creyentes estén unificados, así como el Padre y el Hijo están unificados. La gloria que me diste, Juan 17:22, les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Jesús añade el versículo 23, Yo en ellos y tú en mí, Padre, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste y que los amaste a ellos como también a mí me has amado.

Jesús añade el versículo 23, y combina la morada del Padre en el Hijo con la morada de Él en los creyentes. Repito, los coadherentes divinos, la perichoresis y la circuncisión son únicos y no pueden ser duplicados con simples criaturas. Sin embargo, la medida que Jesús da para la unidad cristiana es la que existe entre el Padre y el Hijo.

Y esa unidad implica que el Padre habite en el Hijo y que el Hijo habite en los cristianos. Una vez más, Juan nos señala una dirección misional. Todo esto es verdad.

Dios en nosotros y nosotros en Dios, para que el mundo conozca que tú me enviaste, dice Jesús, y que amas al mundo como me has amado a mí. En ese sentido, hablo con reverencia: Dios es un Dios misionero, y su Hijo es sin duda un gran misionero con M mayúscula. Jesús vuelve al tema del amor en el versículo 26. Repite sus palabras anteriores.

25 Padre justo, aunque el mundo no te conoce, yo te conozco, y éstos conocen que tú me enviaste. Yo les he dado a conocer tu nombre y lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos. Jesús vuelve al tema del amor y repite las palabras dadas anteriormente, versículos 6 al 8, que nos dicen que él reveló al Padre a quienes el Padre le dio.

Ahora añade que seguirá revelándoles al Padre . Su propósito es que el amor que el Padre tenía por el Hijo esté en los discípulos y que Cristo esté en ellos. Es apropiado que las últimas tres palabras de esta gran oración hablen de la morada del Hijo en el pueblo de Dios como cumplimiento del ministerio que le dio el Padre, y yo en ellos.

Lo mismo ocurre con el texto griego y con mi propia presencia en él. Conclusión del evangelio de Juan. El evangelio de Juan tiene mucho que decir sobre la unión con Cristo.

Juan nunca habla de creyentes que mueren con Cristo o son enterrados y resucitados con él, como lo hace Pablo, ni tampoco habla, como lo hace Pablo, de la bendición de Dios en Cristo. En cambio, Jesús habla en gran parte en primera persona, en sus discursos sobre el pan de vida, el buen pastor, la vid, los sarmientos y en su oración sacerdotal para enseñar verdades complementarias a las reveladas por Pablo en sus cartas. El Padre y el Hijo habitan el uno en el otro.

El Padre y el Hijo morarán en los creyentes. De hecho, el Espíritu vendrá y estará con ellos y en ellos. El Padre, el Hijo y los creyentes morarán mutuamente.

El Padre y el Hijo habitan el uno en el otro. El Padre y el Hijo habitarán en los creyentes, y el Espíritu también lo hará. El Padre y el Hijo y los creyentes habitarán mutuamente.

El Padre y el Hijo habitan el uno en el otro. Juan declara que el Padre está en el Hijo y habita en él. El Hijo está en el Padre , y el Padre y el Hijo están el uno en el otro.

En resumen, el Padre y el Hijo habitan mutuamente el uno en el otro. Eso es lo que significa que Dios sea una trinidad. Si digo biunidad, simplemente significa que esto es todo lo que Juan ha dicho hasta este punto, y el Señor usó a Pablo para explicarlo en términos trinitarios.

No niego que Dios siempre ha sido tres en uno. Sin embargo, no siempre lo ha dado a conocer, y me parece que la doctrina de la Trinidad es un subconjunto de la doctrina de la gracia. Aprendemos que hay dos personas en la Deidad cuando la segunda persona se convierte en un ser humano por nosotros, los pecadores, y por nuestra salvación, muriendo y resucitando en última instancia.

Aprendemos que Dios es una trinidad cuando el Padre y el Hijo envían al Espíritu en Pentecostés. Dios siempre ha sido así, pero no lo revela plenamente hasta que la historia redentora pasa a la Encarnación y luego a Pentecostés. El Padre está en el Hijo .

Dirigiéndose al Padre antes de su muerte y resurrección, Jesús ora por los creyentes. Dice: Yo en ellos, y ellos en mí, y tú en mí. (Mt 17,23)

Yo, Jesús, en los creyentes, y tú, Padre, en mí, dijo Jesús. Y el Padre habita en el Hijo. Estar en el Hijo equivale a habitar en el Hijo, como revela el siguiente paralelismo.

Jesús le dice a Felipe: ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo te digo no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. El Padre está en mí. El Padre mora en mí.

Juan 14.10. Además, el Hijo está en el Padre. Jesús prepara a los discípulos para su salida y la entrada del Espíritu. En aquel día, vosotros conoceréis que yo estoy en el Padre .

14.20 En efecto, el Padre y el Hijo están el uno en el otro. El Padre está en mí. Yo estoy en el Padre .

10.38 ¿No crees que yo estoy en el Padre , y el Padre en mí? 14:10 Créeme, yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. 14:11 Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti. 17:21 Eso es cuatro veces.

Concluimos entonces que el Padre y el Hijo están el uno en el otro o, dicho de otra manera, habitan el uno en el otro. Debido a esta perichoresis, la mutua inhabitación divina, sorprendentemente, ver a Jesús, un hombre en la tierra, significa ver al Padre invisible. 14:9. Ninguno de los pasajes anteriores incluye al Espíritu Santo en la mutua inhabitación.

Esto encaja con el modelo de Juan de relegar los ministerios del Espíritu en gran parte a después de Pentecostés. Por lo tanto, al admitir que Juan no lo dice, sistematizamos sus enseñanzas e incluimos al Espíritu Santo. Las tres personas trinitarias están una en la otra.

Comparten la vida divina. Cada uno de ellos es Dios santo y está en las otras dos personas divinas. No voy a extenderme más en esto, no sea que os haga dormir.

El Padre y el Hijo morarán en los creyentes. Juan afirma que el Hijo estará en los creyentes y que el Padre y el Hijo vendrán a morar en ellos. En suma, SUM, el Padre y el Hijo morarán en los creyentes.

El Hijo estará en los creyentes. Jesús promete que cuando envíe un espíritu de verdad, ustedes sabrán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes. 14:20. Cristo no sólo morará en los creyentes, sino que también les hará conscientes de su presencia.

En su oración sacerdotal del Padrenuestro, Jesús dice dos veces que estará en los creyentes. En los creyentes. Jesús da gloria a los discípulos para que estén unidos como nosotros somos uno.

Yo estoy en ellos y tú estás en mí. 17:22-23. Unos versículos más adelante, dice que dio a conocer al Padre a los discípulos y que seguirá haciéndolo para que el amor del Padre por el Hijo esté en ellos y yo en ellos (versículo 26).

Además, tanto el Padre como el Hijo morarán en los cristianos. Jesús comunica esta verdad vital con una imagen cálida. Todo aquel que ama y obedece a Jesús recibirá una bendición especial y será especialmente amado por el Padre.

Y hablando del Padre, Jesús declara que vendremos a él y haremos morada con él. 14:23. El Padre y el Hijo morarán con los creyentes. Por supuesto, la revelación del Nuevo Testamento de Fuller nos enseña a incluir al Espíritu en esta morada divina.

De hecho, Pablo asigna principalmente este papel al Espíritu. Carson cita a San Agustín en este versículo como defensor de la morada del Dios trino en el creyente, cita cerrada. Me complace ver a San Agustín sistematizando lo que Juan no dice.

El Padre, el Hijo y los creyentes morarán unos en otros. Juan enseña que los creyentes estarán en el Padre y en el Hijo. Jesús y los creyentes estarán unos en otros, y Jesús y sus discípulos morarán mutuamente unos en otros.

En resumen, el Padre , el Hijo y los creyentes se habitarán mutuamente. Los creyentes estarán en el Padre y en el Hijo. Jesús ora por la unidad de los futuros creyentes y utiliza la unidad del Padre y del Hijo como su medida.

Así como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros. 17:21. Juan dice con frecuencia que Jesús y los creyentes estarán unos en otros o permanecerán unos en otros. Jesús predice y cita que, en ese día, ustedes sabrán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes.

14:20. Jesús y sus verdaderos discípulos morarán mutuamente el uno en el otro. Mi carne es verdadera comida. Mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. 6:55-56 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. Por el amor del Padre al Hijo y por el mundo, y por la encarnación, muerte y resurrección del Hijo, los creyentes estarán en el Padre y en el Hijo.

Por sorprendente que parezca, los creyentes se unirán mutuamente en las personas trinitarias como un acto de gracia en la medida en que las criaturas puedan participar de la vida divina. Las palabras de David Crump son directas y citan: la unión mutua de la vida de Dios como el corazón y el alma de la comprensión de Juan sobre la salvación. La inclusión de cada creyente en el intercambio de vida y amor divinos entre el Padre y el Hijo es la esencia, el corazón y el alma de su mensaje sobre la vida eterna, cita final.

Se trata de un artículo de una revista, de David Crump, que reexamina la Trinidad joánica, la perichoresis o deificación, *Scottish Journal of Theology*, 59, número 4, año 2006, página 410. Esa cita es de Juan incluye al Espíritu Santo en la misión de Dios. Jesús le pedirá al Padre que envíe al Espíritu para que habite en los creyentes y esté con ellos, y ellos lo conocerán.

Conocerán al Espíritu, Juan 14, 17. Aunque Juan no relaciona la obra del Espíritu y la unión con Cristo como lo hace Pablo, Juan proporciona la materia prima para que la teología sistemática lo haga. No me disculpo por mi reputación de ser repetitivo en cuanto a este punto porque demuestra que estoy buscando y trabajando duro para basar mi teología sistemática en la Biblia.

No hay disculpas. Solicitud. La pregunta clama por ser formulada.

¿Y qué? ¿Qué diferencia hace esta teología joánica? En primer lugar, los creyentes deberían estar llenos de asombro y adoración ante estas verdades y las realidades que transmiten. ¿Qué seres humanos podrían concebirlas? Ningún ser humano. Para mí, es una evidencia de las huellas divinas en todo el Evangelio de Juan.

¿Quién inventaría algo así? Aquí hay mucho material para la reflexión y para la adoración de un Dios que nos ama de esa manera. En segundo lugar, debemos comer y beber al Hijo de Dios, que es nuestro verdadero alimento (6:55-57). Es decir, permítanme repetir esos versículos.

Son tan ricos. Juan 6:55-57. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. No es de extrañar que haya escandalizado a los judíos. Como me envió el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.

Es decir, debemos comer y beber al Hijo de Dios, nuestro verdadero alimento. Debemos confiar en él para nuestro sustento espiritual, así como confiamos en nuestro pan de cada día para nuestra vida física. El Hijo encarnado nos da vida eterna ahora y nos resucitará de entre los muertos para vida eterna al final de los tiempos.

En tercer lugar, debido a la coadherencia de las personas divinas, debemos centrarnos en el Hijo para aprender acerca del Padre invisible (14:8-11). Nuestro estudio de la unión con Cristo no debe alejarnos de su persona, sino adentrarnos más en ella. Obtenemos muchos beneficios, pero son solo de la unión con Cristo. Él debe seguir siendo nuestro centro de atención.

Si queremos aprender del carácter, las palabras y los caminos de Dios, debemos estudiar la Cristología, porque él dijo: El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí, Juan 14.9-10. En cuarto lugar, somos pámpanos que tenemos el privilegio y la responsabilidad de permanecer en la vid, el Hijo de Dios. Esto significa que permanecemos en su amor, el amor con el que el Padre lo amó, Juan 15 :9. Continuamos en una relación personal con Jesús.

Porque sabemos que él nos ama, nosotros también lo amamos. Amamos a quien nos amó primero. Disfrutamos de una rica comunión con él cuando caminamos con él en obediencia.

En quinto lugar, después de oír acerca de la mutua morada en el Padre y el Hijo en la oración de Jesús, en Juan 17:22-23, la gloria que me has dado, Padre, yo les he dado para que sean uno, así como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, para que el mundo conozca que tú me enviaste y los amas como me has amado a mí. En sexto lugar, después de oír acerca de esa mutua morada en el Padre y el Hijo en la oración de Jesús en 17:22-23, debemos sentirnos motivados a vivir la unidad por la que Cristo ora.

Es vergonzoso que permitamos que la doctrina, el prejuicio o cualquier otra cosa nos impida dar la bienvenida a otros cristianos como Cristo nos dio la bienvenida a nosotros. Romanos 15:7. Acéptense unos a otros como Dios los aceptó a ustedes. ¿O es Cristo? O mi cita es incorrecta, o mi afirmación es incorrecta.

No puedo vivir con eso. Por eso, acogámonos unos a otros como Cristo nos ha acogido. ¡Ah, es aún mejor!

Para la gloria de Dios. Me encanta. En cambio, debemos ser creyentes doctrinalmente sólidos, lo que incluye vivir las doctrinas bíblicas de amor y compañerismo con otros creyentes.

Es decir, deberíamos poder dar la mano derecha en señal de compañerismo a cualquier otro creyente verdadero en el Señor Jesucristo. No significa que dejemos de lado todas las distinciones denominacionales ni que sigamos un cristianismo de mínimo común denominador, porque hay otras cosas importantes además del evangelio.

Pero significa que el evangelio es lo más importante y es, sin duda, la base de nuestra recepción mutua y de nuestra comunión con otros creyentes. Sexto, nosotros también estamos involucrados en la misión de Dios. Debemos orar para que Dios haga que nuestras vidas cuenten para llevar las buenas noticias a quienes las necesitan.

Con esto concluye nuestro estudio sobre la unión con Cristo en el cuarto evangelio. Y ahora nos centraremos en la unión con Cristo en las cartas de Pablo.

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre el Espíritu Santo y la unión con Cristo. Esta es la sesión 11, Fundamentos para la unión con Cristo, Juan 17.